

Pepe Rubianes

JOAN DE SAGARRA

LA VANGUARDIA, 8.03.09

Se nos murió Pepe Rubianes, personaje muy querido por el público catalán, como pudimos comprobar poco después de conocerse la noticia de su muerte en su casa de la Barceloneta víctima de un cáncer. Catalunya Ràdio recibió un montón de llamadas, así como TV3, que le dedicó un programa especial de El Club, que dirige Albert Om. Y en los periódicos pudimos leer los homenajes que le dedicaron sus compañeros de profesión, los amigos de toda la vida, los que compartieron con él viajes, barras de bar o simplemente los servicios de un mismo peluquero, y fueron también un montón las personas que escribieron a los periódicos para dar testimonio de lo bien que se lo habían pasado viendo los espectáculos de Pepe Rubianes a la vez que expresaban la pena que les había producido su muerte.

A Pepe Rubianes se le ha definido como un hombre libre, que pensaba y decía lo que le daba la gana. "Dijo lo que muchos pensamos", leo en el homenaje que le dedicó Buenafuente, aunque alguna vez, como reconocía el mismo Buenafuente, se saliera de tono. Pepe Rubianes devolvió en buena parte su dignidad a los escenarios, que, no se olvide, no están hechos del mismo material que las tribunas parlamentarias, los tribunales de justicia, las cátedras universitarias y los púlpitos: los escenarios están hechos para reírse del poder. Pero para reírse del poder - y del vecino de la esquina-no basta con ser un hombre libre, hay que ser también un hombre serio y honesto, como lo fue Pepe Rubianes. Buena prueba de ello es el hecho insólito que protagonizó en un escenario barcelonés y que voy a contarles.

Hace unos años, había en Barcelona un crítico teatral que pensaba y decía lo que le daba la gana de los espectáculos que veía, pero, como a veces le ocurría a Pepe Rubianes, solía salirse de tono, lo que enfurecía, con razón, a algunas de las personas afectadas por sus críticas. Total, que una parte de la profesión teatral iba a por él y estaba dispuesta a cargárselo tan pronto como se presentase la ocasión. Y la ocasión se presentó cuando el actor y director Josep Maria Flotats, molesto por el desamor que mostraba hacia él el crítico, le negó, ingenuamente, el acceso a su teatro, y digo ingenuamente porque el local no era suyo, sino financiado con dinero público.

Nada más conocerse la decisión de Flotats, un sector de la profesión se organizó para pedir el cese del crítico. Se reunieron en asamblea en el Teatre Lliure y allí se dijeron toda serie de barbaridades sobre el crítico en cuestión, si bien también se oyeron algunas palabras a su favor, como cuando el actor Juanjo Puigcorbé dijo que si ese crítico no existiera habría que inventarlo, o cuando el escenógrafo y director Fabià Puigserver dijo: "Es demasiado bueno para que pretendáis cargároslo". De esa asamblea salió una carta pidiendo el cese del crítico, que a la sazón prestaba sus servicios en la redacción de El País de Catalunya. Pepe Rubianes fue uno de los que firmaron aquella carta. Al mismo tiempo, un grupo de teatreros se constituyó en tribunal en un programa televisivo desde donde lanzaron duras acusaciones sobre el crítico, y uno de ellos, Joan Lluís Bozzo, afirmó que el crítico se dejaba invitar, vamos, sobornar, por ciertas compañías e instituciones, una acusación que el entonces director de El País, Antonio Franco, juzgó de extrema gravedad y le llevó a pedir a Joan Lluís Bozzo, a través de una carta de la que el

crítico conserva una copia - y que jamás fue contestada-,que especificase de qué "invitaciones" se trataba.

Al crítico le dolió que Pepe Rubianes firmase la carta. Le dolió porque Rubianes y el crítico eran amigos, y este siempre le había tratado muy bien en sus críticas. El crítico le dijo a Rubianes que podía comprender su gesto, pero que no lo aprobaba. Lo podía comprender porque Joan Lluís Bozzo era un amigo íntimo de Rubianes, pero también un embustero. El crítico le contó a Rubianes la salida del grupo Dagoll Dagom, de la que Bozzo era uno de los fundadores, cuando afirmó públicamente - está escrito-que Dagoll Dagom jamás había recibido ningún tipo de subvención, cuando era público y notorio que Antaviana se financió casi íntegramente con dinero público, cedido por la delegación de Cultura del Ayuntamiento barcelonés, la cual facilitó asimismo un escenario - la Sala Villarroel-para su estreno. Y también le puso al corriente de las duras acusaciones de Bozzo sobre las "invitaciones" que recibía y aceptaba el crítico sin que Bozzo, a petición del director de El País,especificase a qué se refería. Rubianes lo escuchó en silencio y dijo que se lo pensaría, pero no retiró su firma de la carta, la cual, como era de prever, no tuvo mayores consecuencias.

Pasó el tiempo, algunos años, y un buen día el crítico recibió una llamada de Rubianes invitándole a asistir a una de sus funciones en la Sala Villarroel. Y en medio de la función, Rubianes interrumpió el espectáculo y dirigiéndose al crítico dijo: "Mira, Joan, la cagué, creo que la cagué, asumo mi responsabilidad y públicamente, pues fue pública la firma de aquel manifiesto, te pido disculpas, porque creo que me equivoqué". El crítico, por si todavía no lo han adivinado, era el mismo que firma estas líneas y el mismo que subvencionó Antaviana y facilitó su estreno. Pepe

Rubianes fue un hombre libre, serio y honesto. Gracias por tu amistad,
Pepe.